

Autora best seller de USA Today

Sarah Morgan

Me caso en
invierno

La familia White se reunió en la perfección nevada de Aspen para celebrar la boda relámpago de Rosie, la hija más joven, que se casaba el día de Nochebuena.

Los primeros en llegar fueron Maggie y Nick, los padres de la novia. El matrimonio de su hija era un hito que estaban decididos a celebrar con entusiasmo, pero escondían un gran secreto: estaban a punto de divorciarse. Después de haber vivido separados durante seis meses, lo que menos necesitaban era verse atrapados juntos en un marco invernal incomparable e irresistiblemente romántico.

Katie, la hermana mayor de Rosie, también temía esa boda. Le preocupaba que su cariñosa e impulsiva hermana cometiera un error y estaba decidida a salvar a Rosie de sí misma. Si conseguía que el apuesto padrino dejara de entrometerse en sus planes, claro.

Rosie, la novia, amaba a su prometido, pero empezaba a tener serias dudas. Aunque, si ya se había desplazado toda la familia, ¿cómo les iba a decir que no estaba segura? Con el gran día acercándose y los sentimientos a flor de piel, ningún miembro de la familia White olvidaría jamás esa Navidad.

Este libro está dedicado a Manpreet Grewal, una inspiración
en todos los sentidos

Maggie

Cuando sonó el teléfono a las tres de la mañana, sacándola de un sueño que necesitaba desesperadamente, lo primero que Maggie pensó fue que eran malas noticias.

Su mente recorrió rápidamente las distintas posibilidades, empezando con la peor de todas. Muerte o, al menos, un accidente de los que cambian la vida, con policía y ambulancias.

Con el corazón latiéndole con fuerza y la mente nublada, agarró el teléfono, que descansaba encima de una pila inestable de libros. El nombre de la pantallita no la tranquilizó en absoluto.

Su hija menor tenía algún problema.

—¿Rosie? —preguntó.

Buscó a tientas la luz y se sentó en la cama. El libro que leía al quedarse dormida cayó al suelo y esparció el montón de tarjetas navideñas que había empezado a escribir la noche anterior. Había elegido una postal invernal con árboles cargados de nieve. Hacía casi una década que no veían ni un solo copo de nieve el día de Navidad y a menudo hacían bromas con que era una suerte llamarse White de apellido porque eso era lo más parecido que tenían a unas Navidades blancas.

Se acurrucó debajo de la manta con el teléfono.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó. La distancia física entre Rosie y ella le producía frustración e impotencia.

Todo el mundo decía que los viajes globales volvían el mundo más pequeño, pero a Maggie no se lo parecía.

¿Por qué no podía haber continuado su hija sus estudios más cerca de casa? Oxford, con sus famosos chapiteles y su antigua universidad, estaba a pocos kilómetros. Rosie había estudiado allí la licenciatura y después un máster. A Maggie le había gustado tenerla cerca. Habían paseado juntas al sol por calles adoquinadas, al lado de edificios antiguos de color de miel, y habían caminado por Christchurch Meadows, llenos de narcisos amarillos. Habían seguido el perezoso meandro del río y animado a los remadores en las regatas. Maggie había albergado la esperanza de que su hija se quedara cerca, pero, después de la graduación, a Rosie le habían ofrecido una beca para un programa de doctorado en Estados Unidos.

—¿Te lo puedes creer, mamá?

El día que había recibido la noticia, Rosie había bailado por la sala de estar, con el pelo agitándose en torno a su cara. Había girado hasta marearse y Maggie se había mareado también de verla.

—¿Estás orgullosa de mí?

Maggie estaba orgullosa y consternada a partes iguales, aunque, por supuesto, había ocultado la consternación. Eso era lo que había que hacer cuando eras madre.

Hasta ella veía que era una oportunidad demasiado buena para rechazarla, pero aun así, una pequeña parte de ella había querido que Rosie la rechazara. El vuelo transatlántico desde el nido dejaba a Maggie con el recurso de los *emails*, Skype y las redes sociales, y ninguna de las tres cosas le resultaba plenamente satisfactoria. Y menos en plena noche. ¿Rosie solo llevaba cuatro meses fuera? Porque daba la sensación de que hiciera una vida entera desde que Maggie la había llevado al aeropuerto un día de verano abrasador.

—¿Es el asma? ¿Estás en el hospital? —preguntó.

¿Qué podía hacer ella si Rosie estaba en el hospital? Nada. La ansiedad era una acompañante constante, sobre todo en aquel momento.

Si hubiera sido Katie, su hija mayor, la que se hubiera ido a otro país, quizá Maggie no se habría angustiado tanto. Katie era fiable y sensata, pero ¿Rosie? Esta siempre había sido impulsiva y aventurera.

—No estoy en el hospital. No empieces.

Solo entonces captó Maggie el ruido de fondo. Había vítores y gritos de alegría.

—¿Tienes el inhalador ahí? Pareces estar sin aliento —comentó.

Aquel ruido le despertó recuerdos de Rosie con los ojos saltones y los labios manchados de azul. Del sonido sibilante que producía el aire al luchar por abrirse paso por sus vías respiratorias estrechadas. De ella, Maggie, llamando a Urgencias con manos que casi temblaban demasiado para sostener el teléfono, del terror brutal que la invadía y que ocultaba a su hija. Había aprendido que la calma era importante aunque fuera fingida.

Aquello no había cambiado tampoco cuando Rosie había pasado de niña a adulta.

Algunos niños superaban el asma. Rosie no.

Cuando estaba en la universidad, había ido un par de veces a fiestas sin el inhalador. Y tras unas horas de baile, había terminado en Urgencias. Eso también había incluido llamadas a las tres de la mañana y Maggie había salido corriendo para ir a su lado. Y esos eran solo los episodios que ella conocía. Estaba segura de que había habido muchos más que Rosie no le había contado.

—Estoy sin aliento porque estoy contenta. Tengo veintidós años, mamá. ¿Cuándo vas a dejar de preocuparte?

—Me temo que nunca. Tu niña es siempre tu niña por muchas velas que haya en su tarta de cumpleaños. ¿Dónde estás?

—Estoy con la familia de Dan en Aspen, pasando Acción de Gracias, y tengo noticias.

Guardó silencio y Maggie oyó tintineo de vasos y la risa contagiosa de Rosie. Era imposible oír esa risa y no

querer sonreír también. El sonido contrastaba con el silencio del dormitorio de Maggie.

Una ráfaga de aire le enfrió la piel. Se levantó y tomó la bata del respaldo de la silla. Honeysuckle Cottage parecía idílica desde el exterior, pero tenía muchas corrientes. La ventilación era un alivio en agosto, pero congelaba hasta los huesos en noviembre. Antes de considerar venderla, tendría que hacer algo con el aislamiento. El encanto histórico, las rosas trepadoras y la vista del parque del pueblo no compensaban la congelación.

O quizá no era la casa la que estaba fría. Tal vez fuera ella.

La envolvió una ola de tristeza y luchó por esquivarla.

—¿Qué ocurre? ¿Qué noticias? Parece que tenéis una fiesta.

—Dan se ha declarado. Te juro que no me lo esperaba. Nos estábamos turnando para decir por qué estamos agradecidos y cuando le ha tocado a él, me ha mirado raro, ha puesto una rodilla en el suelo y... ¡Mamá, nos vamos a casar!

Maggie se sentó con fuerza en el borde de la cama, olvidado ya el aire frío.

—¿A casar? Pero Dan y tú solo hace unas semanas que estáis juntos...

—Once semanas, cuatro días, seis horas y quince minutos. No, espera, dieciséis. Digo, diecisiete —Rosie reía y Maggie intentó reír con ella.

¿Cómo debía lidiar con aquello?

—Eso no es mucho tiempo, hija —pero sí era acorde con la forma de ser de Rosie, que saltaba con entusiasmo de un impulso a otro.

—Sé que estamos hechos el uno para el otro, lo sé. Y tú lo entenderás porque a ti te pasó lo mismo con papá.

Maggie miró una mancha de humedad en la pared.

«Dile la verdad».

Movió los labios, pero no consiguió pronunciar las palabras. No era un buen momento. Tendría que haberlo hecho meses atrás, pero había sido muy cobarde.

Y ya era demasiado tarde. No quería ser la asesina de momentos felices.

Ni siquiera podía decir: «Eres demasiado joven», porque ella había tenido a Katie con esos años. Lo cual, básicamente, la convertía en una hipócrita. ¿O la convertía en alguien con experiencia?

–Acabas de empezar el doctorado...

–No lo voy a dejar. Puedo estudiar estando casada. Muchos lo hacen.

Maggie no podía discutir eso.

–Me alegro por ti –dijo. ¿Parecía contenta? Se esforzó más–. ¡Yuju!

Pensaba que había superado las partes más duras de la maternidad, pero resultaba que todavía la esperaban sorpresas. Rosie ya no era una niña, tenía que permitirle tomar sus propias decisiones. Y cometer sus propios errores.

–Sé que todo esto es un poco rápido –dijo su hija–, pero te gustará Dan tanto como a mí. Dijiste que te había caído bien cuando hablaste con él.

Pero hablar con alguien en una videollamada no era lo mismo que conocerlo en persona, ¿verdad?

Maggie se tragó todas las palabras de advertencia que se agitaban en su interior. No se iba a convertir en su propia madre ni a lanzar nubes que oscurecieran los momentos luminosos.

–Me pareció encantador y me alegro por ti. Si no lo parece, es porque aquí es de noche y ya sabes cómo soy cuando me acabo de despertar. Cuando he visto tu nombre en la pantallita, me he asustado pensando que tendrías asma.

–Hace siglos que no tengo asma. Siento haberte despertado, pero quería darte la noticia.

–Me alegro de que lo hayas hecho. Cuéntamelo todo –
pidió Maggie.

Cerró los ojos e intentó fingir que su hija estaba con ella en la habitación y no a miles de kilómetros de distancia.

No había motivo para ceder al pánico. Aquello era un compromiso, nada más. Quedaba tiempo de sobra para que decidieran si eso era lo mejor para ellos.

–Lo celebraremos cuando tu hermana y tú vengáis por Navidad. ¿Crees que querría venir Dan? Estoy deseando conocerlo. Podemos dar una fiesta, invitar a los Baxter y a todos tus amigos de la universidad y del instituto –dijo Maggie.

Planear le subía el ánimo. La Navidad era su época favorita del año, la única ocasión en la que se reunía toda la familia. Hasta Katie, que llevaba una vida ajetreada como doctora, solía arreglárselas para pedir y negociar unos días en Navidad a cambio de cubrir el difícil turno de Año Nuevo. Maggie estaba deseando pasar tiempo con ella. Tenía la molesta sospecha de que su hija mayor la esquivaba. Siempre que Maggie sugería que se vieran, Katie ponía una excusa, algo poco habitual en ella, que nunca rehusaba un almuerzo gratis.

La Navidad les daría ocasión de charlar un poco más.

En opinión de Maggie, Oxford era el lugar perfecto para pasar esas fiestas. Cierto que era improbable que nevase, pero ¿qué mejor que un paseo después de comer oyendo el repique de las campanas en un día vigorizante y frío de invierno?

Prometía ser ideal, aparte de una complicación.

Nick.

Maggie todavía no había pensado cómo iba a lidiar con eso.

Quizá un compromiso fuera justo lo que necesitaban para cambiar el foco de atención.

—Navidad es una de las cosas de las que quiero hablarte —Rosie parecía vacilante—. Pensaba ir a casa, pero como Dan me ha pedido matrimonio... Bueno, a ninguno nos apetece esperar y ya hemos fijado la fecha. Nos vamos a casar el día de Nochebuena.

Maggie frunció el ceño.

—¿Del año que viene?

—No, de este año.

Maggie contó los días y casi le explotó el cerebro.

—¿Quieres casarte en menos de cuatro semanas con un hombre al que apenas conoces?

Rosie siempre había sido impulsiva, pero aquello no era un juguete de peluche que pudiera abandonar a los pocos días ni un vestido que luego resultara no ser del color apropiado. El matrimonio no era algo que se pudiera devolver. No había razón para correr, a menos que...

—Hija...

—Sé lo que estás pensando y no es eso. No estoy embarazada. Nos vamos a casar porque estamos enamorados. Yo lo adoro. Nunca he sentido esto por nadie.

«Lo conoces muy poco».

Maggie cambió de postura, miserablemente consciente de que conocer bien a alguien no te inoculaba contra los problemas.

—Me alegro mucho por ti —resultaba que podía fingir alegría con tanta convicción como podía fingir calma—. Pero yo no podría organizar algo con esa rapidez. Hasta una boda pequeña requiere meses de preparativos. Cuando Jennifer Hill se casó en verano, su madre me dijo que tuvieron que contratar al fotógrafo con más de un año de antelación. ¿Y dónde se quedaría la gente? Es Navidad. Todo estará lleno, y aunque lográramos encontrar algo, costaría una fortuna en esta época del año.

¿Cuántas personas podían hospedarse en Honeysuckle Cottage? ¿Y qué pensaría la familia de Dan de la casa de Rosie, con sus paredes levemente torcidas y su anticua-

do sistema de calefacción? ¿El encanto rural inglés podía compensar por los dedos de los pies congelados? En verano, la casa era perfecta, de película, con su jardín de muros bajos y su profusión de rosas trepadoras, pero vivir allí en invierno era casi un ejercicio de supervivencia. Aun así, Aspen estaba en las Montañas Rocosas, y eso también tenía que ser muy frío en invierno, ¿no?

Tal vez la madre de Dan y ella pudieran hacerse amigas hablando de las dificultades de calentar una propiedad en invierno.

—Tú no tendrás que organizar nada —dijo Rosie—. Nos casaremos aquí, en Aspen. Me siento fatal por alterar nuestra reunión familiar habitual en casa, pero será mágico pasar las fiestas aquí. ¿Recuerdas todos los años que pasábamos Katie y yo mirando por la ventana esperando que nevara? Aquí hay más nieve de la que puedas imaginar. La Navidad en Colorado será paradisíaca. Las vistas son increíbles y tendremos unas Navidades blancas en todos los sentidos imaginables.

Navidad en Colorado.

Maggie miró las cortinas de color rosa oscuro que caían sobre el suelo de roble. Las había hecho durante las largas noches que había pasado cuidando de Rosie.

—¿No vas a venir a casa por Navidad? —¿por qué había dicho eso? Ella no se iba a convertir en una de esas madres que entierran a sus hijos en culpa—. Tienes que casarte donde y cuando quieras, pero supongo que, a nivel organización, no habrá mucha diferencia entre Aspen y esto. Para planear una boda en menos de un mes se necesita un milagro.

—Tenemos un milagro. Catherine, la madre de Dan, es organizadora de bodas. Es genial. Solo hace una hora que lo hemos decidido y ya ha hecho unas llamadas y ha encargado las flores y la tarta. Prepara bodas de famosos, así que tiene miles de contactos.

–Ah, bueno... Genial –Maggie se sentía como si se hubiera caído a un río y la arrastrara la corriente. Impotente y zarandeada por el agua–. ¿No le importa ayudarlos?

–Está encantada. Y tiene un gusto impecable. Todo será perfecto.

Maggie pensó en su vida imperfecta y sintió algo que reconoció como celos. ¿Cómo podía estar celosa de alguien a quien no conocía?

Seguramente lo suyo sería una crisis de edad madura, pero, en ese caso, ¿no debería haberla tenido años atrás, la primera vez que Rosie se había ido de casa? ¿Por qué en ese momento? Padecía un síndrome de nido vacío retrasado.

Parpadeó para aclarar su visión neblinosa y se preguntó cómo podía haber pensado alguna vez que sería fácil ser madre.

Procuró concentrarse en lo práctico e hizo una lista mental de todas las cosas que tendría que hacer para cancelar la Navidad. El pastel aguantaría, y la salsa de arándanos rojos también aguantaría en el congelador. Había encargado un pavo a un granjero de la zona, pero quizá todavía pudiera cancelarlo.

Lo que no podía cancelar tan fácilmente eran sus expectativas.

La familia White siempre se reunía en Navidad. Tenían sus tradiciones, que probablemente les parecerían una locura a algunos, pero que Maggie adoraba. Decorar el árbol, cantar villancicos, hacer un puzle gigante, jugar a juegos tontos. Estar juntos. Algo que no sucedía a menudo con sus hijas ya mayores, y algo que ella esperaba con impaciencia.

–¿Se lo has dicho ya a tu hermana? –preguntó.

–Mi siguiente llamada es para ella. Aunque no es probable que conteste al teléfono, siempre está trabajando. Quiero que sea mi dama de honor.

¿Cuál sería la reacción de Katie?

–Tu hermana no se considera una romántica.

Maggie se preguntaba a veces si tanto tiempo trabajando en la sala de Urgencias no habría distorsionado el punto de vista de su hija sobre la humanidad.

–Lo sé –dijo Rosie–. Pero esto no es una boda cualquiera, es mi boda y sé que hará eso por mí.

–Tienes razón, lo hará –Katie siempre había sido una hermana mayor cariñosa y protectora.

Maggie miró la fotografía que tenía en la mesilla de noche. Las dos chicas lado a lado, rodeándose mutuamente con los brazos y mirando a la cámara con las mejillas juntas y sus sonrisas fundidas. Era una de sus fotografías favoritas.

–Sé que odias volar, mamá, pero vendrás, ¿verdad? Deseo mucho que estéis todos presentes.

Volar. Rosie tenía razón. Maggie lo odiaba.

Cuando estaba con gente y se hablaba de viajes, fingía que ella no volaba por proteger el planeta, pero en realidad se protegía a sí misma. La idea de ser propulsada por el aire en una lata de hojalata la aterrorizaba. Esto estaba fuera de su control. ¿Y si el piloto había bebido mucho la noche anterior? ¿Y si chocaban con otro avión? Todo el mundo sabía que el espacio aéreo estaba atestado. ¿Y los drones? ¿Y los ataques de pájaros?

Cuando las chicas eran pequeñas, Nick y ella las metían en el coche y las llevaban a la playa. Una vez habían tomado el *ferry* para cruzar a Francia y habían ido conduciendo hasta Italia. «Nunca más», había dicho Nick, después de que se vieran bombardeados con un coro de «¿Falta mucho?», durante todo el camino desde París hasta Pisa.

Y su hija esperaba que fuera en avión a las Montañas Rocosas a pasar la Navidad.

Y lo haría. Claro que lo haría.

–Estaremos allí. Nada podría impedirnoslo –Maggie se despidió mentalmente de su sueño de una Navidad fami-

liar en la casa—. Pero ¿y el local? ¿Podréis encontrar algo en tan poco tiempo?

—Vamos a hacer la boda aquí, en su casa. La familia de Dan es la dueña del Snowfall Lodge, un hotel *boutique* justo a las afueras de Aspen. Me muero de ganas de que lo veas. Tiene vistas del bosque y las montañas y *jacuzzis* exteriores. Será el lugar ideal para pasar la Navidad. El lugar perfecto para casarse. ¡Qué contenta estoy!

El lugar ideal para pasar la Navidad era Honeysuckle Cottage.

Maggie no se imaginaba pasándola en un lugar que no conocía, con personas a las que no conocía. No solo eso, personas *perfectas* a las que no conocía. Ni siquiera la reconfortaba la idea de la nieve.

—Parece que habéis pensado en todo. Lo único que tenemos que hacer nosotras es pensar en la ropa que llevar.

—Umm, te iba a hablar de eso. En esta época del año hace mucho frío. Tienes que traer mucha ropa de abrigo.

—Me refería a tu ropa. Tu vestido de novia.

—Catherine me va a llevar mañana a su tienda de novias favorita. Ha pedido cita y van a cerrar la tienda solo para nosotras.

En las pocas ocasiones en las que Maggie había pensado en la boda de Rosie, se había imaginado planeándola juntas, mirando a dúo fotografías en revistas y probándose vestidos.

Ni una sola vez se le había ocurrido pensar que todo aquello sucedería sin ella.

Aunque, pensándolo bien, pocas cosas en su vida habían resultado ser como las había planeado.

Miró la cama vacía a su lado.

—Eso es... muy amable de su parte.

—Ella es amable. Dice que soy la hija que nunca ha tenido. Me mimaba mucho.

«Pero Rosie es mi hija», pensó Maggie. Debería ser ella quien la mimara.

Por mucho que se esforzaba, le resultaba imposible no sentirse herida y un poco resentida.

Ya se sentía más como una invitada que como la madre de la novia.

¡No! Ella no se iba a convertir en ese tipo de madre. Se trataba del día especial de Rosie, no del suyo. Sus sentimientos no importaban.

–¿Qué puedo hacer para ayudar?

–Nada. Venir aquí. Catherine está deseando conocerte. Sé que te va a encantar.

Maggie se preguntó qué habría dicho Rosie de ella. «Mi madre trabaja en publicidad académica. Le encantan la repostería y la jardinería». A una organizadora de bodas de famosos aquello seguramente le parecería tan emocionante como hacer la colada.

–Yo también estoy deseando conocerla.

–¿Me pasas a papá? Quiero oír su voz.

Maggie agarró con fuerza el teléfono. No estaba preparada para eso.

–Ah... Ahora no está aquí.

–Allí es de noche. ¿Cómo puede no estar?

Maggie buscó frenéticamente una explicación plausible. Casi podía oír la voz de Nick. «Por el amor de Dios, Maggie, esto es absurdo. Es hora de decirles la verdad».

Pero la verdad era lo último que necesitaba oír Rosie el día de su compromiso.

Maggie no estropearía el gran momento de su hija.

–Ha ido a dar un paseo.

–¿Un paseo? ¿A las tres de la mañana? ¿Es que por fin habéis comprado un perro o qué?

–No. Tu padre ha estado trabajando hasta tarde y no podía dormir, pero volverá en cualquier momento –repuso Maggie, levemente sorprendida de su creatividad bajo presión. Siempre había educado a las chicas para decir la verdad y resultaba que ella mentía como una profesional.

–Dile que me llame en cuanto entre por la puerta.